

El arte de ser poeta

Y aquí estamos:
navegando el azogue
desde el lado feroz
de los espejos.
Perdidos en un tiempo
que no aclara
que no amanece
y pesa.

RAÚL CÁCERES CARENZO

Por su acento al hablar y la contraportada de uno de sus libros nos enteramos: "Raúl Cáceres Careño nació en 1938, en Halachó, Yucatán. Desde 1970 vive en Toluca". Puedo añadir que lo conocí en la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes en la ciudad de México donde, en los años sesenta, estudió la carrera de actuación.

A más de poeta, director escénico, actor y dramaturgo, Cáceres Careño es antologador y ensayista. *Laura Méndez de Cuenca: La pasión a solas*; *Joaquín Arcadio Pagaza: El valle de la luz*; *Saint-John Perse: El mar y el hombre* son antologías preparadas por él y a las que se suma *Ángel María Garibay: el poeta*, que hoy nos ocupa.

La obra poética de Garibay, antologada por Cáceres Careño en el libro *Ángel María Garibay: el poeta* (Instituto Mexiquense de Cultura, 1992), si se compara con los inmensos tratados de páginas y páginas que produjo sobre temas etnolingüísticos, es muy corta, pero despierta el interés por varias razones. Por una parte, Garibay conoce el oficio de poeta; no podía ser ajeno a este conocimiento cuando la mayor parte de su vida la dedicó a traducir, interpretar y trasladar a los libros la poesía gestada por gente de culturas ancestrales, y, por otra, porque se entrega no sólo a versificar con erudición, sino a concebir imágenes: la poesía es imagen.

En contraparte, su trabajo poético acusa dos limitaciones básicas: la principal, el poco tiempo que le dedicó, y, como complemento, sus influencias; la más notable, la que se siente sobre todo en *Poema de los árboles*, publicado en 1932: Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918), cura como él y quien nació cincuenta años antes, en un tiempo que cronológica e históricamente no podía ser el mismo para ambos.

Garibay (1892-1967), en lo referente a su poesía, no cobijó la intención de publicar otro poemario después de *Poema de los árboles*, que dio a la prensa a la edad de cuarenta años. No se impuso crear un estilo, buscarle derroteros a la poesía ni sumarse a ninguna corriente; escribía poemas por el gusto de hacerlos y porque —esto debe ser tomado en consideración— de tanto leer, interpretar, buscar cesuras a los cantos antiguos, se le subían los duendes a la cabeza.

La publicación de *Poema de los árboles* debe mencionarse como un impulso, un arranque y una discontinuidad aparente. El texto, estructurado en sonetos de corte clásico culterano —diecisiete páginas de veintiocho que suman el total de los poemas íntimos o personales que contiene *Ángel María Garibay: el poeta*— con adjetivaciones como “boscaje umbrío”, “gláucos sauces”, “nébulas de humo azules”, “plúmbea fronda”, “radioso día”, “tremer de azul melancolía”, “trémula garganta”, “plácido aleteo”, “niveos copos”, “undívaga selva”, “Madrño grácil de granate y seda”, etcétera, ha podido señalar que “el adjetivo que no aporta, mata”, si no fuera porque

el adjetivo está ahí no para matar, sino para adornar, procurarse la rima y rendir culto a los patrones antiguos, como en la poesía neoclasicista de Pagaza que, a diferencia de la de Garibay, corresponde históricamente a un tiempo que se impuso esta búsqueda como una de sus metas.

Es en las páginas que siguen donde está lo más logrado de la lira personal de Garibay. En los sonetos “Casta luna”, “Junto a la fuente”, “Resignación”, “*Ulterius vivam*”, “Mi vida” y los cantos en quintetas rimadas en 1ª y 5ª; 2ª, 3ª y 4ª sílabas “Mi filosofía” y “Agave” (falta un verso en la segunda quinteta de “Mi filosofía”, debe ser una errata).

Me pregunto si Garibay habría autorizado o visto con buenos ojos la publicación del compendio de su poesía. Me atrevo a creer que la habría objetado muchísimo. Él no era propiamente un poeta y sí un crítico, un hombre de juicio que pudo elegir la poesía como uno de sus fines, ser poeta como Pagaza o más aventajado, ¿por qué no?, el talento y el numen no le eran ajenos. Pudo escoger y se fue por otro camino.

Un capítulo del libro que comento da luz al respecto. Se titula *Del arte de traducir*, a la letra dice:

Me cño al texto cuanto es posible, pero sin dejar de observar las leyes de la lengua en que vierto. Es lo que debe hacerse y más en textos poéticos. La versión no es calca, sino transfusión de vida. No hay que ir palabra por palabra, ni letra por letra al ir traduciendo: captar el sentido del original y darlo en la lengua propia, con la mayor claridad y exactitud que sea

posible, creo que es el modo único legítimo de traducir, y más en textos de poesía. / La índole tan diferente de las dos lenguas exige, muchas veces, pensar el tenor en que debe darse la versión. A eso se debe la variedad de mis traducciones [de] que me han inculcado. La letra es diferente muchas veces, pero se trata de dar cuanto es posible el sentido original sin omitir matices, lo cual no es tan sencillo, y por eso se tantea un giro y se busca otro para dar el mismo pensamiento. [...] Hay muchas versiones, porque todas son tentativas. (p. 89)

Decimos que la literatura es una de las bellas artes. No obstante, a diferencia de la pintura, la escultura, la arquitectura, la música y el teatro, la literatura —y concretamente en este caso la poesía como género literario— se vale del lenguaje para comunicar. Y su uso siempre es imperfecto: se matiza y cambia de región a región, de país a país, de un tiempo a otro. Si comparamos las herramientas básicas de la pintura, por ejemplo, los colores y las líneas son universales: iguales para todos en tiempo y lugar.

De todas las bellas artes, la literatura es la única que necesita traducirse. En ésta, como en ninguna otra, parafraseando al poeta Lizalde, *Cada cosa es Babel*. Por eso no ha faltado *alguien* que sugiera que, a diferencia de las otras, la literatura es un arte menor. Más concretamente, en cuánto a la traducción de la poesía, *alguien* ha señalado que la poesía es intraducible. Y de que las traducciones son indispensables, *¿alguien* lo duda?

Volviendo a Garibay, cuando expresa: “Me cño al texto cuanto es posible, pero sin dejar de observar las leyes de la lengua en que vierto.” ¿A qué leyes se refiere? Si es a la *poética*, cabe decir que ésta es dinámica, distinta en cada *tiempo* histórico. Y por otra parte, la esencia de la poesía es *intemporal*. Me parece que Garibay se refiere, más que a las leyes del lenguaje, a la forma personal, apoyada en éstas, en que él estructura la poesía, en cómo la concibe y también cómo la aplica a “la lengua en que [vierte] [...] A eso se debe la variedad de [sus] traducciones, de que —dice— [lo] han inculcado”.

Me parece —puedo equivocarme— que las *leyes* observadas por Garibay están apegadas a la poética de su tiempo. De allí los ritmos, cadencias, mediciones silábicas, etcétera, aplicadas a sus traducciones de poesía náhuatl. Si se les compara con los de otros traductores, como Miguel León Portilla, aventajado alumno suyo, pueden diferir y hasta resultar opuestas en aspectos formales.

Y pregunto de nuevo: ¿La poesía puede traducirse? Sólo relativamente, me contesto, en el mejor de los casos traducir es aproximarse al original. Me gustan las traducciones que he leído de Garibay y no tanto las de León Portilla. El primero se manifiesta, sobre todo, en la forma final que imprime a sus traducciones, versiones particularísimas a través de las cuales toca y aprehende su concepción del mundo y del espíritu, su visión cosmogónica. Ésa también es labor de un poeta, del poeta Ángel María Garibay.

Felicito a Cáceres Careño por haber publicado el libro *Ángel María Garibay: el poeta*; atrevimiento o una audacia de su parte, y del Instituto Mexiquense de Cultura que auspició la publicación, vale la pena porque acrecienta la semblanza de un humanista que, para completar su obra, el legado que dejó a la cultura universal, compuso versos, algunos de buena factura.

Para finalizar tomo estas palabras de un ensayo de Carmen de la Fuente: "Marcos E. Becerra no hubiera sido un humanista completo si no fuera poeta". Me podrán decir: ¿Marcos E. Becerra? ¿Quién es? Yo les contesto: un

profesor, naturalista, lingüista y asimismo, como Garibay, dedicado a los estudios antropológicos; hombre olvidado injustamente, constituye otra historia.

La que ahora viene al caso, para concluir, es esta síntesis: tampoco Ángel María Garibay hubiera sido un humanista completo... si no hubiese sido poeta.

La poesía es la prueba mayor del ser humano. LC

Raúl Cáceres Careño (Pról., sel. y notas), *Ángel Ma. Garibay: el poeta*, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, Méx., 1992. 104 pp.

